

Julio Arriagada Augier y Hugo Goldsack

Pedro Prado, un clásico de América

(Continuación)

PROYECCIONES INDIRECTAS

Esta técnica (si vocablo tan material puede aplicarse a tan alados menesteres), esta forma de llegar a lo absoluto insistiendo desesperadamente en la fidelidad a las cosas, se parece mucho a la actitud de Neruda, si bien separa a ambos poetas el abismo insalvable de dos épocas distintas y dos temperamentos antípodas. Recordemos el prólogo de este último a los “Caballos Verdes”:

“Es muy conveniente, en ciertas horas del día o de la noche, observar profundamente los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales o minerales, los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y asas de los instrumentos del carpintero. De ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra como una lección para el torturado poeta lírico”.

Y más adelante:

“... la entrada en la profundidad de las cosas en un acto de arrebatado amor, y el producto poesía manchado de palomas digitales, con huellas de dientes y hielo, roído tal vez levemente por el sudor y el uso...”

Técnica que es la que emplea, precisamente, en su afamada “Entrada a la Madera”:

“Con mi razón apenas, con mis dedos,
con lentas aguas lentas inundadas,
caigo al imperio de los no-me-olvides...”

Poema que también culmina en la suprema prueba del fuego para conseguir el milagro de la conquista de la vida esencial:

“... y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme,
a vuestros materiales sometidos,
a vuestras muertas palomas neutrales,
y hagamos fuego, y silencio, y sonido,
y ardamos, y callemos, y campanas”.

EL CANTO Y EL TIEMPO

Examinados los procedimientos, reparemos ahora en los temas, que son, en gran parte, los mismos que ha de preferir la brillante generación de 1920. Apenas abierto el libro, se extiende, ante nosotros, el arco vivo y sonoro de la bandada interminable de los pájaros errantes de los canales patagónicos, a quienes mantenía unidos, en la noche, sólo la magia del canto. He aquí un tema suyo predilecto: la poesía, producto elemental, que sube a la garganta desde los abismos de la inconsciencia y del instinto, y, sin embargo, veta inago-

table de ciencia, incomparable fuerza rectora, sutil instrumento para soltar, uno a uno, los velos que separan al hombre de sus dioses.

A poco andar, emerge ese fantasma sin rostro, de cuya presencia está llena la alta poesía de Chile: el tiempo. Oigámosle, presintámosle en "La Tierra":

"... Sólo el tiempo, más flúido, se escapa; él es como un viento
[en el viento.

"Yo he visto en las rocas el paso del tiempo.

"Un grano de vida hacía nacer un líquen rojizo; y la muerte
[del líquen, un polvo pardusco..."

Prosigue la lenta acumulación de elementos, transformando aire y tiempo en vida y materia:

"... Así he visto a los árboles brotar en las rocas.

"Un grano de vida caído en la roca hizo tierra del aire invis-
[ble.

"Un grano de vida hizo tierra del paso del tiempo.

"¡Oh!, puñado de tierra morena que tengo en mis manos; te
[palpo, te observo, te escucho.

"Inmóvil y muerta pareces, y fuiste el canto del viento que so-
pla en la tarde, el vuelo invisible del tiempo impetuoso que na-
[die doblega..."

De allí que cuando, en "Otoño", invita al viajero a descansar en un lecho de hojas muertas, podrá afirmar con certeza de vidente:

"... el aroma de las hojas secas se parece al perfume de la sa-
[biduría".

PERO, NO TODO EL PAISAJE

Otro tema persistente aunque siempre al servicio de meditaciones y parábolas, es el paisaje. Pedro Prado fué un enamorado de la tierra y el cielo chilenos. Salvo en su última época, en que escribió solamente sonetos conceptuales, estremecidos a veces por leves toques impresionistas, el poeta debió sus mejores páginas a su pasión por el paisaje. Pero, no todo el paisaje. Aún cuando vivió largo tiempo en los alrededores de Santiago, vale decir, de cara al apacible y polvoriento valle central de Chile, prefirió siempre el mar y la cordillera de la Costa. Buenas pruebas de ello son sus mejores libros. "Los Pájaros Errantes" ofrecen un haz de seis poemas muy logrados, consagrados al océano, sin contar la parábola de "La Pesca", o el poema inicial, que da su nombre a la obra, y que se desarrolla en el salvaje escenario de los canales australes. "La Reina de Rapa Nui" transcurre en Pascua, el lejano dominio que Chile mantiene en las aterradoras soledades del Mar del Sur. "Alsino" es, en cierto modo, el más hermoso poema que se haya escrito jamás en gloria y loor de la cordillera de la Costa y del océano Pacífico, su amante implacable. En cuanto a "Un Juez Rural", Esteban Solaguren abandona, inesperadamente, sus funciones judiciales, para purificarse de los pestilentes miasmas del estrado en El Tabo, balneario perdido entre los lomajes costeros y el mar inmenso.

LA RAIZ DE TRES GRANDES LIBROS

Hay, empero, tres temas que interesan, no tanto por el partido que Prado obtiene en "Los Pájaros Errantes", cuanto por sus proyecciones en libros posteriores, que son de gran significación en su trayectoria de creador. Uno de ellos es "El Vuelo", ya citado, donde exclama:

“Yo me dejo ir por los ríos del viento y cruzo los remansos del
[aire.

“Yo no sé adónde va mi vuelo; pero aún a medianoche le siento tan robusto y seguro, que duermo tranquilo, entre mis alas
[que reman y me llevan hacia un destino desconocido”.

Esta resurrección del viejo y socorrido mito de Icaro y Dédalo ha de transformarse, hacia 1918, en las cuartillas de ciertas “Aventuras de Curcunchito”, que nunca vieron la luz pública, y, dos años después, en las definitivas y magistrales páginas de “Alsino”.

El otro tema que Prado desarrolló más tarde con pasión exhaustiva es el de “La Despedida”. Allí expone una de sus tesis más audaces:

“Viajar: placer y tristeza. Quisiera ir y quedarme; quisiera ha-
[cer y no hacer al mismo tiempo.

“Es triste: a la elección llamamos libertad. Mi libertad no quisiera verse obligada a elegir un camino; mi libertad quisiera
[recorrerlos todos a un mismo tiempo...

Más adelante prosigue, con una maestría y precisión que sólo pueden ser hijas de vivas y persistentes meditaciones sobre el problema:

“Mi ser es uno y quisiera desdoblarse. Quisiera observar desde lejos qué silueta dibuja mi cuerpo y saber si, cuando lloro, yo tam-
[bién parezco un miserable.

“Mis amigos, ¡adios! Mientras tengamos que elegir no podre-
[mos ser felices.

“¡Ah! si yo pudiera, como los niños curiosos, escogería todo a
[la vez. Escogería la vida y la muerte...”

El desarrollo de esta tesis dará origen, en 1925, a las torturadas páginas de "Androvar", el único poema dramático que produjo.

El tercero de estos temas es el que informa su bello y gorkiano poema "Vagabundo", donde el personaje exclama con admirable cinismo:

"—Sí, soy un mendigo. ¿Por qué reprochármelo? ¿No le sirvo a Su Señoría para que ejercite buenas acciones? Esas buenas acciones ¿no le traen un poco de tranquilidad?"

"Alegraos a mi paso, ¡oh, tristes hermanos míos! Os presento una oportunidad nunca vista, un negocio estupendo; por una ínfima moneda rescataréis vuestros pecados canallescos, haciéndoos gratos ante los ojos del Señor. ¡Pensad en lo que sería de vuestra maldad si yo no existiera!"

"Por añadidura os embelesaré con los melosos cantos del agradecimiento: "Gracias, Su Merced; que viva muchos años; que Dios le bendiga y le pague con la gloria del cielo su caridad..."

Luego, el vagabundo hará el elogio de esa pereza, tan grata a los hijos de la imaginación:

"¡Santa pereza, madre de todos mis pensamientos; pasar y pasar de la sangre silenciosa corriendo por mis venas sin hastío ni esperanza! ¡Santa libertad, santa! Al viento me entrego como una hoja seca, al viento me opongo como una roca firme..."

Este vagabundo de "Los Pájaros Errantes" es el padre cierto de Ño Nazario, el amaestrador de tordos que acompaña a Alsino en sus primeras aventuras; y es, también, el abuelo de esos borrachos y tro-tamundos de Barrancas y Pudahuel que el juez Esteban Solaguren pone en libertad, arguyendo que "estos hombres libres que van y vienen sin término, o reposan profundamente, pensando o no pensando en nada, ejecutan, mientras se concreten a ello y no intervengan en robos o depredaciones, una vida primitiva pero digna". Es también glorioso antepasado de Calienta la Tierra, el fornido y displicente vago de Las Cabeceras, que magnetizaba sin esfuerzo a las buenas mozas

lugareñas, y cuya historia constituye uno de los inolvidables aciertos de "Un Juez Rural". Es, aún, un lejano antepasado de "Androvar", quien dice a Jesús, casi al final del primer acto: "... tú, que tanto ahondas en la vida, comprenderás que he envejecido en este triste y noble oficio de vagabundo".

BREVE NOTICIA DE "LOS DIEZ"

"Los Pájaros Errantes" aparecieron cuando Pedro Prado era, si no la figura principal de las letras chilenas, por lo menos la más brillante. Discípulo, inicialmente, de Augusto d'Halmar (17), parecía haber heredado el ascendiente del maestro sobre los jóvenes, cuando éste emprendió su larga peregrinación por tierras extrañas. Su prestigio habíase ido acrecentando desde la publicación de aquellas "Flores de Cardo, ya comentadas, de suerte que hacia fines de 1914, o comienzos de 1915, Prado era el capitán de un grupo, si no grande, de extraordinaria calidad intrínseca, en el que formaban poetas, pintores, músicos, estudiantes universitarios y ensayistas. Este grupo denominábase "Los Diez" y estaba llamado a jugar un papel trascendental en los destinos de la literatura chilena. Sin él, difícilmente podría explicarse la milagrosa eclosión lírica de 1920. Permítasenos recordar a las generaciones actuales, tan suficientes a menudo y tan olvidadizas por lo mismo, algunos detalles de esta singular cofradía.

"Los Diez" eran solamente nueve, al revés de los "Tres Mosqueteros", que eran cuatro. Cada uno de ellos llegó a jugar un rol de importancia en la evolución artística y literaria de Chile: Pedro Prado, Manuel Magallanes Moure, Ernesto A. Guzmán, Alberto Ried,

(17) Fray Apenta dice en "Repiques": "Prado con Maluenda y Leonardo Penna han sido los tres que han dado los frutos más bellos y más valiosos de aquella entusiasta comparsa que siguió a Thomson en su rudo batallar por colocar el Arte en su verdadero sitio, el Arte por sobre todo, el Arte antes que nada, aún... antes que el pan".

Juan Francisco González, Alfonso Leng, Julio Bertrand, Armando Donoso y Acario Cotapos. Actuaba de secretario el estudiante de leyes Carlos Contreras Labarca, que llegó a ser, más tarde, Secretario General del Partido Comunista. El grupo inicial se renovó más tarde con otros valores: Eduardo García Guerrero, Antonio Castro Leal, Julio Ortiz de Zárate, Eduardo Barrios...

El décimo era el Hermano Errante. Este último personaje, absolutamente mítico, fué descrito por Pedro Prado en la primera velada de "Los Diez", que se realizó en la Biblioteca Nacional, en septiembre de 1916, como un verdadero hermano espiritual del "Vagabundo" de "Los Pájaros Errantes": "... su cuerpo pequeño y enjuto, sus ojos hundidos e inquisidores y sus enormes y desgredadas barbas grises, en las que no es raro ver prendidas pajillas de trigo, pequeñas plumas y pelusas de los campos". Más adelante confirma su condición de trotamundos escapado de las páginas de Máximo Gorki: "Sus maneras no son suficientemente finas para presentarlo en sociedad. Vagabundo incansable, durmiendo en graneros, tabernas, chozas de campesinos y pescadores y, de vez en cuando, en mansiones de excéntricos potentados, mezcla los más heterogéneos comportamientos" (18).

En el fondo, el espíritu de este Hermano Errante se parece sensiblemente al del propio Pedro Prado. Tiene hasta esa eterna sonrisa que fué su rasgo físico más peculiar: "Agregad su ingénito orgullo, que confina, a veces, con la petulancia; su innegable sabiduría, pero que resbala hacia una pretenciosa oscuridad; y luego, su sonrisa porfiada, que no abandona un instante, hasta que termina por ser como una espina para quien la ve" (19).

(18) Revista "Los Diez", N.º 1, septiembre de 1916: "Somera Iniciación al Jelsé".

(19) En más de una oportunidad, A. d'Halmar reivindicó para sí el honor de haber sido ese misterioso Hermano Errante de "Los Diez", afirmación que, en virtud de los antecedentes expuestos, nos parece muy improbable. Si más tarde, en mérito de la vieja amistad que lo unía al grupo y de su alucinado peregrinaje por el mundo, fué agraciado por "Los Diez" con ese título, no lo sabemos.

Dijérase que Prado ha querido realizar, aunque sea simbólicamente, el sueño de Androvar y Gadel, creándose un segundo cuerpo para poder realizar, a un mismo tiempo, la vida del burgués y del miserable, del sedentario y del peregrino. Es decir, superar la etapa imperfecta de las elecciones, ascendiendo al plano de la verdadera libertad, que consiste, según su propia tesis, en escoger, a un mismo tiempo, la vida y la muerte, el ser y el no ser, el estar y el no estar.

Este Hermano Errante se anticipa, sintomáticamente, al Alsino del año 20: "Perdonad, entonces—dice en unas cuartillas que se supone ha enviado de lejanas tierras—si en busca de la libertad necesaria, me dirijo a mí mismo mis propias expresiones y supongo que, sentado en la falda de una barranca, a la caída de la tarde, bajo la rosada y cambiante luz de los arboles, contemplo los fatigados campos de labranza y las fabriles y lejanas ciudades, en esos momentos de hermosa soledad y de sabia inconsciencia en que nuestras meditaciones son tan poderosas que nos hacen hablar en voz alta. Si los labriegos, al hombro azadas y guadañas de regreso de sus labores, pasan en este instante por mi lado, me tomarán por borracho o por loco; pero como sólo me oyen los arbustos que gimen con el viento vespertino y los pájaros que cantan sus incomprensibles canciones, yo y ellos permanecemos tranquilos y confiados, al sorprender que todas nuestras voces armonizan" (20).

La singular secta se regía por un cuerpo doctrinal, denominado Jelsé, que el Hermano Errante define así: "Nuestro libro oculto se llama Jelsé, palabra a la que es inútil buscar etimologías, porque no significa nada, pues se ha formado uniendo, a la suerte, cinco letras. Pero un verdadero décimo (así se llamaban entre ellos los cofrades) no debe confiar a alma viviente, por motivo alguno, este secreto; porque es deseable dar ocupación a filólogos y eruditos".

El Jelsé, que estaba compuesto, como el Pentateuco, de cinco tratados, "cuyo nombre es preferible que quede en el misterio", te-

(20) Esta y las demás citas que se siguen, han sido tomadas textualmente, de esa "Somera Iniciación al Jelsé", ya mencionada.

nía por lema el siguiente: "Un lema no significa nada". A este respecto, Prado aseguraba, con la autoridad que le confería su calidad de Sumo Pontífice, que "este sabio aforismo, traducido al latín, da, impreso, un bonito efecto tipográfico".

Los décimos, al ingresar a la secta, juraban creer en el Bien Perdido, mensaje o evangelio que formuló, en los tiempos primitivos, un hombre extraordinario, cuyo nombre, junto con su doctrina, desapareció con el alud de los siglos, hasta perderse todo vestigio. Sin embargo, gracias a la liberación de los poderes intuitivos, los décimos debían procurar rastrear, en el fondo de la memoria perdida, aquella enseñanza maravillosa, para cuyo efecto se preconizaba repetir, en voz alta, una oración que comenzaba de este modo:

"Mi corazón atribulado está cubierto de desesperanza; mis sentidos están ciegos de cansancio; y mis brazos, rotos, sangran en esta labor sin fin. Mas, una adivinación imprevista se cierne y toma forma y me domina! Ahora mi corazón danza de alegría, mis sentidos se embriagan y se remozan, y mi cuerpo, lleno de extraña potencia, se tiende ávido hacia adelante en la misma actitud de un corredor que espera la voz de partida! Ignoro, en el ancia que me domina, qué debo hacer para salir veloz a su encuentro. Porque ¡ah!, sí, el día se acerca. He colocado mi oído contra la tierra, y aún oigo el ruido de sus pasos que vienen..." (21).

Por comodidad o necesidad expresiva, hemos llamado secta a "Los Diez". La verdad es que ellos rechazaban también ésta y cualquiera otra denominación que los confundiera con las entidades comunes de los hombres: "Los Diez" no forman—decían—ni una

(21) No sólo el estilo de este trabajo es de Prado. También lo son sus ideas centrales. La teoría del Bien Perdido es, en él, muy antigua, como lo acreditan esos versos de "Lázaro":

"Y Lázaro exclamó, en medio de sus lágrimas:
Si por la muerte gimo,
como por un bien perdido,
por la vida que retorna, río".

secta, ni una institución, ni una sociedad. Carecen de disposiciones establecidas, y no pretenden otra cosa que cultivar el arte con una libertad natural”.

Finalmente, exigían obediencia ciega al Hermano Mayor, pero agregaban: “Lo que diga, se hará, pero no hay temor que diga cosa alguna, porque nadie sabe cuál es el Hermano Mayor, y cada uno puede y debe creer que él lo es”.

No resulta difícil advertir en esta urdimbre de bellas y nobles mentiras, la influencia avasalladora del pensamiento de Pedro Prado, verdadero Hermano Mayor del grupo, a la vez que su legítimo fundador. Basta un examen atento de “Los Pájaros Errantes” para rastrear allí los gérmenes de la singular actitud estética y moral de “Los Diez”. En aquellas inolvidables prosas poemáticas están, indudablemente, los vagarosos principios que informan a esta secta que se jactaba de no serlo: la absoluta libertad creadora; la discutida convicción de que el arte no se debe sino a sí mismo; la suprema glorificación del individuo en la creación; el repudio a toda forma de saber racional, y la exaltación de los poderes inconscientes o intuitivos. Al mismo tiempo, ¡oh inefables contradicciones del idealismo artístico! estos intransigentes partidarios de la libertad, la inconsciencia y el individualismo, adherían calurosamente al humanitarismo cristiano de Tolstoy, rechazaban con horror cualquiera desviación favorable al materialismo filosófico y retrocedían ante todo desborde expresivo que pudiera ofender los cánones del buen gusto...

En literatura, no superaban las márgenes del simbolismo. Uno de sus más esclarecidos representantes, Ernesto A. Guzmán, criticando el “Adán”, de Vicente Huidobro, uno de los más geniales innovadores de la poesía chilena, decía en el número 1 de la revista “Los Diez”: “Fijaos bien, lectores del “Adán”, en lo que su autor dice sobre el tradicional verso suelto, blanco o libre, y ved cómo lo confunde con lo que se llama el versolibrismo. Su poema es un exponente de esta confusión: está escrito en una forma que no es la del versolibrismo, pues no hay en sus renglones cortos ni el ritmo discon-

tinuo que lo caracteriza. ¡Para qué buscar los acentos del verso libre, blanco o suelto castellano! Es una prosa cortada donde al autor le dió la gana, esto es, a merced de un jactancioso capricho. El poema mismo apenas si acusa uno que otro asomo de visión poética, muy mal explotada y peormente exteriorizada. Hay una verdadera confusión acerca de lo que debe ser el material poético, barajada constantemente con el prosaísmo más desesperante. No sabemos cómo el autor se ingenia para coordinar sus asociaciones de ideas, asociaciones tan dislocadas, que las palabras, sin su preciso significado, se dan de encontrones a lo largo de cada una y de todas las páginas...

Los pregoneros de la libertad absoluta se estrenaban preconizando sumisión al verso blanco castellano, calificando de prosaísmo a los elementos nuevos que Huidobro introducía en la poesía tradicional, exigiendo asociaciones lógicas y pidiendo que a las palabras se les dé solamente el significado que tienen para el profesor de redacción comercial y el autor de novelas por entrega...

En pintura, su representante más destacado, el maestro Juan Francisco González, no pasó más allá de un impresionismo, resuelto, eso sí, de un modo muy personal y bellissimo. En general, los cuadros, los dibujos y los grabados que reproducían "Los Diez" en su revista están por debajo del denominador común de la gran generación del año 13, llamada, con toda justicia, la generación trágica. Son simples expresiones neorrománticas, marcadamente subordinadas a los ideales estéticos impuestos por don Fernando Alvarez de Sotomayor, y a veces descienden a un decorativismo del peor gusto (22).

Parece ser que los más audaces eran los músicos en el grupo de "Los Diez". Por lo menos Alfonso Leng y Acario Cotapos fueron y siguen siendo nombres muy estimables en la música chilena de vanguardia.

(22) Mayores antecedentes sobre este problema pueden buscarse en la "Historia de la Pintura Chilena", de A. R. Romera, 1951 (Editorial Del Pacífico):

Estas contradicciones no deben sorprendernos. Ellas corresponden al cuadro clínico de una época de transición que por su mismo carácter no tenía la misión de presidir la renovación total de nuestra estética, sino simplemente de allanar los caminos. Los frutos de sus desvelos y esperanzas frustradas serían capitalizados por la generación de 1920.

Mirada así, la generación literaria de 1914 y el grupo de "Los Diez", que intentó homogeneizarla, no ofrecen problemas. Desde el punto de vista económico y social, ellos no pudieron desentenderse de las pavorosas realidades nacionales, ya denunciadas en el 900 por Diego Dublé Urrutia, Antonio Bórquez Solar, Baldomero Lillo, Augusto d'Halmar, Carlos Pezoa Véliz y otros. Pero la trágica experiencia de 1905 y el agudizamiento de la crisis moral, estimulada por el libertinaje del parlamentarismo, había obligado a los escritores a refugiarse en los sueños místicos. Una generación entera, la de 1910, había sucumbido de ese modo. "Los Diez" no consiguieron hacer mucho por modificar los hechos, y persistieron, como sus predecesores, en una inocua adhesión al cristianismo tolstoyano, esto es, al anarquismo religioso del apóstol de Yasnaia Poliana (23).

Desestimados y a menudo escarnecidos por la sociedad, reaccionaron proclamando orgullosamente su superioridad individual; "*épatant le bourgeois*" con profesiones de fe tan abstrusas como la del Hermano Errante que ya hemos comentado; exaltando la personalidad de los vagabundos; propiciando la liberación del hombre de todo compromiso urbano y social.

LAS TRES TORRES DE "LOS DIEZ"

Para mejor demostrar este espíritu acrático, los décimos Pedro Prado, Juan Francisco González, Julio Bertrand, Alfonso Leng y Alberto Ried, se dirigieron el 22 de agosto de 1916 al balneario de

(23) Acerca de la trágica experiencia de la huelga revolucionaria de 1905, véase "¡Nuestros Poetas!", de A. Donoso, que explica sus notables consecuencias en el plano literario.

Las Cruces, de Cartagena, para elegir los terrenos en que construirían su "*tour d'ivoire*", curioso rebrote de aquellas colonias tolstoyanas de 1903 y 1904, que capitaneara el gran d'Halmar. Hubo acuerdo para erigir la torre sobre un soberbio peñón de 17 metros de alto. La proyectó Julio Bertrand, de concreto armado y de una altura cabalística de 33 metros, que unida a la de la roca daría en total 50 metros (24). El proyecto fracasó, según Alone, porque uno de los décimos, después de mirar y meditar largamente sobre los planos, se hizo en alta voz, la siguiente reflexión: "¿Y estará ahí? ¿Nada más que ahí, en ese pedazo del vasto mundo? ¿No se podrá mover, no podrá salir nunca mar adentro, nunca, por los siglos de los siglos? ¡Qué aburrido!" (25).

A falta de torre propia, los décimos siguieron reuniéndose en la de la vieja casa solariega de Prado, en la comuna de Quinta Normal, y aún es fama que lo hacían también en la de un cofrade que vivía en la calle Santa Rosa, a casi dos cuadras de la Alameda de las Delicias, desde donde aún puede observarse la torre gris y cuadrada de cemento en que se celebraron algunas de esas extrañas y alegres juntas de iluminados (26).

PENOSOS FRUTOS DE UN NOBLE ESFUERZO

No se crea, sin embargo, que "Los Diez" eran sólo capaces de arrestos y aventuras verbales. Guiados por Pedro Prado, arquitecto y

(24) El proyecto de Julio Bertrand puede admirarse en el número citado de la revista de "Los Diez", que Prado acompañó con una descripción poemática.

(25) Obra de Alone, ya citada.

(26) La torre de Quinta Normal estaba dentro de la propiedad de Prado, en la calle Mapocho 3775, y la de Santa Rosa, en el número 179 de esa calle. El prestigioso novelista Nicomedez Guzmán nos ha asegurado que Julio Bertrand fué el constructor de esta última. Bertrand fué también el arquitecto que inició la construcción del Palacio de don Augusto Bruna, en el Parque Forestal, que terminó, después de su muerte, Pedro Prado, y que hoy ocupa la Embajada de los Estados Unidos. Léase sobre el particular, un artículo de Alone en "Chile Magazine".

agricultor de cabeza magníficamente bien asentada sobre los hombros, se constituyeron, según consta de un documento suscrito ante el notario santiaguino M. Gaete Fagalde, el 11 de abril de 1917, en sociedad impresora, la que había iniciado sus operaciones el 5 de agosto del año anterior, "sin capital". A la fecha del citado documento, los décimos habían publicado varios números de su revista y algunos libros. Tenían 496 suscripciones pagadas y 65 por cobrar, y en consignación poseían un capital potencial de \$ 3,194.60, suma muy apreciable si se toma en consideración el alto valor de nuestra moneda en los primeros años de la Guerra de 1914.

La revista de "Los Diez", en la que colaboraban firmas tan importantes como las de Carlos Silva Vildósola, Domingo Gómez Rojas, Carlos Mondaca, Amanda Labarca, Augusto d'Halmar, Edgardo Garrido Merino, Juan Egaña, Eduardo Barrios, Luis Roberto Boza, Manuel Rojas, Eduardo Moore, Juan Guzmán Cruchaga, Angel Cruchaga Santa María, Daniel de la Vega, Alberto Méndez Bravo, Gabriela Mistral, Juan Carrera, Enrique Molina y hasta el furibundo Fray Apenta, comenzó lanzando 1,350 ejemplares, para estabilizarse, luego, en 1,200. Las ediciones de libros tuvieron tirajes variables: "Venidos a menos", de Rafael Maluenda, 1.200; "La Hechizada", de Fernando Santiván, 1,500; "Días de Campo", de Federico Gana, 1,200.

Las ediciones de "Los Diez" abarcaron todos los géneros y todas las expresiones de las artes y las letras. Publicaron, entre otros valiosos documentos, una "Pequeña Antología de Poetas Chilenos", con una introducción de Armando Donoso; el primer tomo de una biblioteca musical, que se consagró a los "Músicos Chilenos", en el que figuraban obras de Humberto Allende, Próspero Bisquert, Alberto García Guerrero, Alfonso Leng, Carlos Lavín, Celerino Pereira, Javier Rengifo y María Luisa Sepúlveda; un "Homenaje a Rodó", con impresiones y estudios de Armando Donoso, Ernesto A. Guzmán, Pedro Prado y el Licenciado Vidriera, pseudónimo de uno de los décimos, más una selección de páginas del célebre uruguayo; y una "Antología de Cuentos de Autores Chilenos Contemporáneos",

en cuya primera serie figuraron "El Frutillero", de Manuel Jesús Ortiz; "Sub-Sole", de Baldomero Lillo; "Los Pescadores", de Federico Gana; "A Rodar Tierra", de Augusto d'Halmar, que allí firma aún Augusto Thomson; "Un Bautizo", de Joaquín Díaz Garcés; "Una Rebelión", de Fernando Santiván; "Los Ciegos", de Rafael Ma-luenda; "La Tentación", de Januario Espinosa; y "Papá y Mamá", de Eduardo Barrios.

Toda esta labor no fué, sin embargo, compensada con el aplau-so sin reservas que se merecía. Los descontentos y los resentidos se dejaron ver desde el primer momento, aún cuando, inicialmente, su acción se circunscribió a los chismes y pelambres de cafetín. Estalló la reacción cuando "Los Diez" dieron a la luz pública su "Pequeña Antología de Poetas Chilenos". Uno de los detractores de esta co-lección fué Leo Par. El otro Omer Emeth. El distinguido sacerdote, que hacía sus comentarios de libros en "El Mercurio", las empre-ndió contra "Los Diez" con una saña digna de mejor causa. Reac-cionario como buen crítico oficial, acusó al grupo de resucitar el "gongorismo", de imponer una vacua "música verbal", de implan-tar el "caos" en la poesía chilena. Ni más ni menos que la opinión de un distinguido crítico actual, 15 años más tarde, respecto del Ne-ruda de "Residencia en la Tierra" y de los otros poetas de vanguar-dia . . .

Pero el buen sacerdote no se limitó al ataque estrictamente li-terario. Haciendo causa común con algunos poetas que no habían si-do incluídos en la selección, hizo suya una carta anónima en la que se decía: "La antología a que me refiero está hecha con plata de Prado para enaltecerlo a él y a sus turiferarios, poniendo en el li-bro lo mejor de ellos y lo regularcito o malo de los demás". Se agre-gaba en esta sucia carta, cuyo autor nunca se conoció, que "así, des-naturalizando la obra de todos, han querido enaltecer la de Prado".

Omer Emeth reprodujo estas calumniosas líneas, diciendo: "Por lo que a mí me toca, he preferido omitir, a trechos, algunas violen-cias innecesarias, hijas tal vez de la eliminación; pero todo lo útil de la carta lo he citado, porque encierra una excelente lección".

“Los Diez” se apresuraron a responder, por boca de Ernesto A. Guzmán, quien dijo, entre otros conceptos: “En los artículos a que nos venimos refiriendo hay de todo esto, malevolencia e incomprensión, cosas que en un corazón cristiano, y más en un sacerdote, no se concilian con la altura moral que debe tener”. Más adelante: “Si no nos entienden, que nos dejen; pero no hagan de una obra de desprendimiento, en que gastamos fervor, tiempo y energías, un hazmerreír de analfabetos literarios”. Esto significa que ya, en 1916, nuestros poetas, aun los de tímida avanzada, estaban expuestos al “humor” de ciertos críticos, “humor” que, posteriormente, manifiestan citando versos sueltos, arrancados del poema de que forman parte orgánica e indivisible, para solaz de comerciantes y cocineras. Termina la hermosa y levantada réplica de Ernesto A. Guzmán con este magnífico corolario: “Lamentamos de verdad que las intemperancias de estos viejos repletos de sentido común, del vulgar y rastrero sentido común, nos hayan llevado a escribir contra ellos estas amargas palabras de rechazo” (27).

Sin embargo, el incidente no finalizó aquí. Pocos días después de publicada la crítica de Omer Emeth, Pedro Prado se encontró con éste y sostuvieron un diálogo violentísimo, que nuestros lectores conocerán de labios del propio autor de “Los Pájaros Errantes”:

“Después de darle las gracias por la “excelente lección”, conversamos, él un tanto nervioso y gesticulador, yo cada vez más triste y avengonzado al sorprender el origen de la que los lectores de “El Mercurio” han tomado, quizá, por una crítica literaria.

—¿Por qué se queja—exclamó indignado O. E.—si su sistema poético es un absurdo?

—Perfectamente, señor—le respondí—; si usted así lo estima, bien está, pero, ¿podría decirme qué relación guarda la carencia de sentido poético con la ruindad de espíritu que usted atribuye a “Los Diez”, y con la vanidosa tontería que usted me cuelga al decir que costeo una Antología bastarda, hecha especialmente para realzarme?

(27) N.º 4 de la revista “Los Diez”. En este mismo número se encuentra la versión del incidente a que nos referimos en seguida.

—Pero si eso lo dice todo Santiago.

—¿Todo Santiago?

—Sí, y sus propios compañeros lo han dado a entender.

—Permítame, señor—le dije—que dude de lo que usted afirma. (Ignoro qué cosa llama O. E. “todo Santiago”, y por lo que respecta a mis compañeros de “Los Diez”, respondo de ellos, porque, con excepción de Armando Donoso, ningún otro tiene relaciones de amistad con el crítico de “El Mercurio”. Y es imposible que Donoso haya dado a entender tal cosa, no sólo por ser un caballero, sino porque él, Guzmán y Ried coleccionaron el material de la Antología y quedaron encargados, durante las vacaciones, de la administración de nuestra casa editorial).

—Por fin—me dijo O. E.—: ¿qué tiene usted que echarme en cara, cuando no soy yo el que afirmo tal cosa? Y agradezca—continuó—que no quise estampar todo lo que aquella carta encierra.

—Agradezco, señor, su benevolencia; pero aunque usted lo considere extraño, quisiera indicarle el peligro que habría para todo el mundo si, so pretexto de que otro lo dijo, uno repite cosas que no son ciertas y les da publicidad y el crédito de la prensa seria. Y agregue usted que, suprimiendo la firma de la carta, como usted lo hace, me ataca con un anónimo.

—Es que usted me las tenía que pagar—saltó al fin O. E., enfurecido—. ¿Recuerda la grosería que estampó al final de un artículo con el que replicaba a uno mío el año antepasado?

—¿El año antepasado? ¿Cuál? ¡Ah! ¿Sería la broma aquella sobre los cabritos? Es verdad, señor—le dije—que entonces yo no tuve la compostura debida. ¿De modo que su artículo de hoy ha sido por venganza?

—¡Tarde o temprano me las tenía usted que pagar!

—Lamento haber cometido entonces una torpeza—le dije—si ella ha sido la causa de su actitud que no le honra.

No agregó nuevos detalles del diálogo con O. E. porque todo lo demás que hablamos estuvo en el mismo diapasón. Por mi palabra de caballero, declaro que todo lo que afirmo es auténtico.

Las peleas entre literatos son ridículas; he aquí una, por lo menos, que es triste y vergonzosa”.

Así se agriaron definitivamente las relaciones entre Pedro Prado y Omer Émeth, en circunstancias que, como lo hemos visto, fué éste quien dió, en 1908, el espaldarazo al audaz cantor de las “Flores de Cardo”.

LA SOMBRA DE PRADO

La influencia de “Los Diez” en el orden estrictamente estético no fué muy sensible. El grupo era demasiado heterogéneo y en él estaba representada toda la gama de las calidades. Por lo demás, las grandes figuras que en él militaron no estaban hechas para defender, en común, un determinado credo. Cada una siguió trazándose su propia órbita, con prescindencia absoluta del pensamiento de sus cofrades, si bien es cierto que todas han continuado distinguiéndose por su proclive espiritualista y su poco interés por las experiencias más radicales del arte de vanguardia.

En cuanto a la poesía de Pedro Prado, ésta tuvo visible influencia, según hemos dicho, en los poetas coetáneos. Es frecuente advertir estrechas concordancias entre sus versos y prosas poemáticas y los de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y el Neruda de los primeros estallidos románticos. Por afinidad espiritual, la Mistral siguió subordinando, cada vez con mayor ahinco, la poesía a un objetivo evangelizador. De allí que ella y Prado hayan sido los mejores creadores de parábolas de nuestra literatura. En cambio, Vicente Huidobro y Pablo Neruda, luego de asimilar los nuevos elementos que cada libro de Prado incorporaba al exangüe haber de la poesía chilena, prosiguieron su tenaz labor de alquimistas, atendieron a otras y lejanas voces (Apollinaire, Sabat Ercasty, Juan Ramón Jiménez, Rabindranat Tagore, Oscar de Lubicz Milosz, etc.), y se consagraron a la tarea de provocar el acto creador, con exclusión de toda pretensión filosófica o moralizante. Esta resolución les salvó de terminar convertidos en involuntarios discípulos de Prado, al mismo

tiempo que les franqueó las puertas de la alta y merecida nombradía universal de que gozan.

“LOS DIEZ” Y LA POLÍTICA

Como decíamos al comienzo de este comentario, los detractores de Prado han hablado en muchas ocasiones—y particularmente a raíz del fallo del Jurado del Premio Nacional de Literatura—de cierta supuesta insensibilidad social y política del poeta frente a los hechos fundamentales de su tiempo. La verdad es que estas personas eran típicos representantes de esa mala memoria que es como una institución nacional en Chile, pues, al formular tan categórica afirmación, olvidaban el vivo interés con que “Los Diez” asistieron al derrumbe del régimen parlamentario, en septiembre de 1924, y su valiosa contribución al esclarecimiento de los agudos problemas ideológicos que tanto preocuparon al país en aquellos días.

En efecto—y éste es un hecho que ignoran muchos—a fines de ese mismo año de 1924, bajo el sello Nascimento, “Los Diez” publicaron un folleto de 30 páginas, intitulado “Bases para un Nuevo Gobierno y un Nuevo Parlamento”, en el que propiciaban la reestructura de nuestro régimen democrático, perfeccionándolo mediante la aplicación de los principios de la doctrina funcional. Partían de la base de que los sistemas políticos en uso, es decir, el parlamentario y el presidencial, descansan en un sufragio que es sólo universal en el nombre. La clientela de los partidos políticos es ínfima con relación a la masa ciudadana que debería participar en las contiendas electorales. En otras palabras, la mayoría del elemento activo del país permanece indiferente a los acontecimientos políticos. Muy distinto sería, pensaban “Los Diez”, si las organizaciones generadoras de los poderes públicos representasen los verdaderos intereses de las fuerzas vivas, es decir, de los empresarios, los técnicos, los profesionales y los trabajadores.

Ofrecían, a este respecto, un cuadro de las diversas actividades “funcionales”. Las dividían en Intereses Particulares, Intereses Co-

lectivos, Capacidades y Aspiraciones. Entre los Intereses Particulares incluían las industrias, el comercio, los bancos, los transportes particulares y la Marina Mercante. Entre los Intereses Colectivos, estos, los servicios estatales o semiestatales, las comunicaciones, las obras públicas, los grandes servicios urbanos, como ser el agua potable, el alcantarillado, la pavimentación, etc., la estadística, la hacienda pública, la asistencia social, la justicia, la defensa nacional y la colonización. Entre las Capacidades figuraban todas las profesiones relativas a la Educación, la Medicina, la Ingeniería, la Arquitectura, la Agronomía, la Administración Pública y los Oficios. En este último rubro estaban todos los grandes gremios obreros. Finalmente, en la categoría de las Aspiraciones figuraban las actividades deportivas, estudiantiles, científicas, literarias, artísticas, sacerdotales y políticas.

Enfrentados al problema de la organización de una democracia ideal, ellos propiciaban la creación de dos cámaras: una funcional y otra política. Esta idea la expresaban en los siguientes términos: "Cómo ocurre que el mejor representante técnico de una profesión no puede serlo, al mismo tiempo, de las diversas y antagónicas doctrinas sociales que sustentan sus colegas, cada gran colectividad elegiría el suyo, considerando, en especial, su capacidad profesional. Pero los miembros de esta colectividad funcional, en cuanto ciudadanos, elegirían en una votación independiente del gremio, votación libre y popular, su representante doctrinario. Los primeros, más los delegados de los servicios públicos, constituirían la cámara funcional; y los segundos la cámara política. Como a la primera se le privaría de resolver, en última instancia, privilegio exclusivo de la cámara política, las diversas cuotas, o sea el número de representantes que se señalarán a cada función, tendría sólo una acción reguladora, pero no decisiva. Del mismo modo, el hecho de actuar, en la cámara funcional, delegados de los servicios públicos, no debe mirarse como un peligro, como una mayoría puesta al servicio del Gobierno, porque, lo volvemos a repetir, la cámara funcional no tendría carácter político".

La generación del Poder Ejecutivo era resuelta de acuerdo con la siguiente fórmula: "Un miembro del Ejecutivo sería elegido por la cámara de representantes funcionales; el otro, por la cámara política, y el tercero, que llevaría el título de Presidente de la República, sería elegido por las dos cámaras reunidas". Con esta fórmula esperaban "Los Diez" aprovechar los beneficios parciales de los dos sistemas: el parlamentario y el presidencial, librando al país de los males que ambos acarrear. Finalmente, se mostraban partidarios entusiastas de una efectiva descentralización administrativa y de la autonomía general económica de los diversos servicios técnicos, a los que querían poner al margen de las eventualidades y contingencias políticas.

Para valorar como se merece este notable trabajo de "Los Diez", es necesario atender a las condiciones políticas y sociales del año 24. Una sangrienta revolución, la de 1891, había instaurado en Chile el régimen parlamentario. A la vuelta de 33 años, el país se convenció que aquella fórmula, que favorecía aparentemente los intereses de la democracia, no había hecho otra cosa que robustecer los intereses de la plutocracia salitrera, alentar el caudillaje político, desbaratar todo intento de continuidad en los grandes planes gubernativos y diluir la responsabilidad de los gobernantes en la irresponsabilidad y la voracidad de un parlamento todopoderoso y venal. Por aquellos días, la esperanza se aferraba a la vieja fórmula de la Constitución de 1833, vale decir, al presidencialismo portaliano. Si las huestes obreras de Luis Emilio Recabarren hubiesen ejercido una mayor gravitación sobre la conciencia pública, es posible que los ideólogos de 1924 hubiesen encontrado remedios más eficaces para conjurar la terrible crisis a que se veía abocado el país, pero, desgraciadamente, el pensamiento del ilustre líder proletario sólo tenía validez en los sectores más modestos de la ciudadanía. Sería necesario el derrocamiento del Presidente Ibáñez para que el país cayera en la cuenta de que su salvación estaba en una fórmula que conciliase la socialización de los más importantes medios de producción con el ejercicio de una democracia más amplia y perfeccionada.

Mirados así los acontecimientos, el aporte de "Los Diez" tiene una significación realmente trascendente, por lo menos en un plano teórico. En una época de máxima ceguera y desorientación, en que el país olvidaba sus magníficas tradiciones cívicas para confiarse a los dudosos resultados de una aventura militar, los décimos tuvieron el extraordinario mérito de proponer una solución elevada y científica, aunque difícilmente realizable. Con una notable intuición de las ciencias sociales y políticas modernas, demostraron que el problema de fondo no era tanto político como económico, y advirtieron al pueblo chileno que no podría disponer de una democracia ejemplar y eficiente si no incorporaba a la política activa a todos los sectores de la producción y el trabajo.

No es difícil advertir, en la redacción de este trabajo de "Los Diez", el estilo característico de Pedro Prado. Para probarlo, daremos un botón de muestra. Refiriéndose a la prioridad de los intereses económicos sobre los programáticos, se dice en el folleto: "¿Que ello es una desgracia? Habría mucho que hablar sobre la materia; pero los hechos son los hechos, y es para la realidad, desagradable o no, para quien debe legislarse. Que los ideales nos inspiren, que los grandes hombres puros remuevan las fibras de nuestro desinterés, que nos abran los ojos a una vida más alta. Nada hay más deseable; pero, por puros y grandes que sean nuestros propósitos, ellos fatalmente se estrellarán allí donde limiten la capacidad de nuestras fuerzas, aún cuando vayan movidas por el ansia liberatriz. Deseo, quiero, me domina el vértigo de un anhelo inextinguible (nos parece escuchar la lectura de los cantos de "Alsino"): ellos mueven mi cuerpo, mi cuerpo grosero y limitado, y el vuelo de emancipación se reduce a un simple salto, a un salto enorme, si queréis, prodigioso y desconocido para mí; pero no más que un salto al fin de cuentas..."

Años más tarde, Pedro Prado fué designado Embajador de Chile en Colombia, donde su labor fué de tal modo brillante y conveniente a las relaciones materiales y espirituales entre los dos pueblos, que el gobierno colombiano lo distinguió con la Orden de Boyacá. ReinTEGRADO a sus actividades particulares, se alejó definitivamente de

los ajetreos sociales y políticos, pero este distanciamiento debe más bien explicarse por los progresos cada vez mayores de la enfermedad que habría de llevarlo a la tumba y por su natural retraído y tímido, tan poco adecuado para las turbulencias de las asambleas y las amarguras y tristes experiencias que se cosechan, habitualmente, en las altas esferas políticas y administrativas (28).

(Continuará)

(28) Sobre este natural retraído y tímido, léase, especialmente, el artículo sobre P. Prado que publicó Luis Alberto Sánchez, en la revista "Nuevo Zig-Zag", de 1.º de marzo del año en curso.